

mos por capitulación. El secreto se guardó tan bien, que estábamos á cinco leguas de Ancona sin que nadie supiera adonde nos hallábamos, ni aun el mismo coronel del 66, que pretendió mas tarde aparecer como gefe de la expedición, aunque me dirigia sus notas rotuladas: *Al comandante de las fuerzas francesas*. Este juego de amor propio por poco nos cuesta cortarnos el pescuezo; pero el general Cubieres que llegó al fin de Roma para hacerse cargo del mando superior, nos ha medio compuesto.

“Aun no recibo noticias de Francia. He escrito por la estafeta á M. Bertin de Vaux (hijo) que está al lado de M. Sebastiani, remitiéndole un despacho telegráfico que debe transmitir á Paris por el telégrafo de Lyon. Espero que el gobierno me agradecerá haberle proporcionado la iniciativa sin responsabilidad alguna, porque puede desaprobarme ó aprobar mi triunfo y sus consecuencias.

“Los habitantes de toda la Romanía nos quieren mucho y desean que se enmiende un poco el gobierno papal: ya es tiempo de que estos infelices pueblos respiren con un poco de libertad, porque hasta el dia han estado oprimidos brutalmente.

“Te creo ya curado de tus honrosas heridas, querido amigo, y espero tener la satisfacción de saber que estás ya en Francia, si no puedo gozar de la de abrazarte.

“Tu amante hermano,

“GALLOIS,

“comandante de la division naval de Ancona.”

Todo el honor de esta expedición recayó en el capitán Gallois, y en el coronel Combe, que, poco despues, debia hallar una muerte gloriosa bajo los muros de Constantina.

### CAPÍTULO III.

**M**IENTRAS que aquellos oficiales cumplian esas misiones hermosas en las que la muerte parece tan dulce por el prestigio que rodea siempre á la victoria, Casimiro Perier se enflaquecia sangrándole el corazón, en el escabroso lecho del poder.

¡Oh Dante Alighieri, inventor de horribles suplicios! ¿Hay alguno peor en tu sublime poema, que el que pinta esta página arrancada de la obra de Luis Blanc?

“Los continuos ataques—dice—que le atraian hasta aquellas medidas de las que esperaba mejor resultado, habian puesto á Casimiro Perier en un estado tal de exasperación que hacia les mirasen las personas allegadas como un objeto de compasión ó de terror. Tan pronto abatido arrastrándose apenas, tan pronto exaltado hasta el delirio, parecia no vivir sino para el odio: nada habia podido apagar su sed de despotismo, ni la humildad de sus cólegas á los que manejaba con una señal, ni su imperio en la cámara en la que solo su voz calmaba ó irritaba las pasiones á su antojo, ni la reprimida insolencia de los cortesanos, ni aun las miradas del mismo rey, obligado á sufrir en silencio sus injurias. Martir de su orgullo, presentaba á menudo Perier espectá-

culos estraños y terribles. Una noche, mandado llamar secretamente, se presentó en el ministerio del interior el Dr. de Laberge. Casimiro Perier estaba en la cama; algunas bujias ardian en el departamento del ministro, y alumbraban su semblante profundamente alterado. "Leed—le dijo á M. de Laberge—presentándole un cuaderno: he aquí mi respuesta á los ataques dirigidos ayer contra mí por M. Lafitte. Leed y decidme vuestro parecer."

M. de Laberge halló el discurso lleno de animosidad y lo manifestó francamente: el ministro le rogó endulzase las frases mas acerbas que pudo haber asentado en su cólera. De repente la puerta se abre, y aparece un oficial de dragones, que presenta una carta del rey: Casimiro Perier la toma, la lee rápidamente, la estruja entre sus dedos, y arrojándola al suelo con violencia: "No hay respuesta"—le grita al oficial que se retira admirado.—Crean loco al presidente del consejo—dice M. de Laberge: he ahí un hombre que podrá certificarlo."—Casimiro Perier no se ofendió de la rudeza de tales palabras, y volviendo á M. de Laberge, cuyo patriotismo y franqueza respetaba: "Si quereis saber el contenido de esa carta, cojedla y leed."—Dios me libre, respondió el doctor, que conocia el genio suspicaz del ministro. En el estado de exaltacion en que os hallais, podriais confiar á otros ese secreto, é imputarme luego el haberle violado."—Entonces Casimiro Perier habló de los amargos y misteriosos pesares de que estaba sembrada la vida política. "La cámara ignora, dijo—mis trabajos!"

Y despues de algunos instantes de silencio: "Que no tenga yo charreteras!—Y para qué las necesitais? exclamó M. de Laberge.—A estas palabras Casimiro Perier se endereza, con los labios pálidos y la mirada de fuego, y arrojando con viveza la colcha que le cubre y mostrando sus delgadas piernas cuya piel desgarraba con sus uñas: "Pues qué ¿no veis que no soy ya mas que un cadáver?"

Esto nos recuerda á Mazarin mostrando sus piernas de

esqueleto á Ana de Austria, y muriendo de estenuacion un año despues de las conferencias de España.

Y en qué época pasaba esto? Antes de tener noticias de los tumultos de Nimes, de Alais, de Clermont, de Carcassone y de Grenoble: de Grenoble donde se pronunciaba Mauricio Duval, y donde el arresto de la duquesa de Berry debia completar la impopularidad.

Todos saben lo que pasó en Grenoble: por una gracejada de carnaval, por una caricatura del prefecto, veinticinco ó treinta personas salieron heridas.

Tres ó cuatro dias de turbaciones se terminaron con la salida del 35 de línea, á quien hizo responsable la ciudad de aquellas desgracias, por haber ejecutado las órdenes del prefecto.

Esto era una derrota para Casimiro Perier, y Casimiro Perier no admitia las derrotas.

El señor teniente general Saint-Clair, que habia autorizado, para evitar el derramamiento de sangre, la colocacion en sus puestos de la guardia nacional fué destituido.

M. Lespinasse, comandante de la plaza, fué tambien destituido y se reemplazó al coronel de artillería Chautron.

En fin, al teniente general Hulot, al hombre de confianza del rey en Cherbourg, al que habia sido encargado de sublevar la Normandía y de cuidar que el rey Carlos X abandonase pronto la tierra de Francia, se le envió á Metz, cambio que equivalia á una desgracia, por haber dado orden al 35 de línea de que dejase á Grenoble.

A M. Mauricio Duval, al contrario se le felicitó directamente por Luis Felipe, y el mariscal Soult en una orden del dia dirigida al ejército, manifestó su gratitud al 35 de línea en nombre del rey y de la Francia.

Admírense despues de esto del furor del 35 en la calle Transnonain: órdenes del dia semejantes con las que causan la carnicería y no las bayonetas.

En la cámara causó todo esto un gran tumulto: Casimiro

Perier pretendió hacer creer que los motines habian empezado figurando el asesinato del rey, y que los grupos habian gritado *abajo el gobierno y viva la república*.

Despues M. Dupin—mayor—apoyando al ministro, pretendió por su parte hacer creer tambien que los soldados habian sido insultados y atacados, y que no habian hecho uso de sus armas sino en el último extremo y en el momento en que se las iban á arrancar.

Garnier Pagés, al contrario, con datos mejores, manifestó que los soldados se habian lanzado con bayoneta calada sobre los ciudadanos, sin las anteriores intimaciones necesarias y que por consiguiente estos habian sido degollados.

Se ignoraba quien decia la verdad: los mas ardientes dudaban antes de acusar de falso á un primer ministro, y al presidente de la cámara, cuando llegó á sus manos un manifiesto de la administracion municipal de Grenoble, que decia:

“Que en la mascarada del dia 11, no habia figurado absolutamente el asesinato del rey.

“Que no se habian oido los gritos de *viva la república* y de *abajo el gobierno!*

“Que el prefecto, M. Mauricio Duval, habia dado orden de cercar á los grupos.

“Que no se habia hecho ninguna intimacion legal.

“Que un solo soldado del 32 de línea habia entrado en el hospital el dia 16, á curarse de una inflamacion, resultado de un golpe que recibió en un pié.

“Que en el lugar en que se hizo la mascarada no habia piedras para poder arrojarlas á los soldados.

“Que de las heridas recibidas por los ciudadanos, catorce les habian sido inferidas por detras.

“Y en fin, que los acontecimientos del dia 13 habian sido el resultado inevitable de la exasperacion de los espíritus causada por una violacion de las leyes.”

Nada de esto impidió que el 25 volviese á entrar en Gre-

noble con tambor batiente, con su música á la cabeza, los cañones en el centro y las mechas encendidas.

En medio de estas preocupaciones, una noticia terrible conmovió á la capital.

El cólera, el hijo del Ganges, despues de haberse extendido hasta Pekin por el Oriente, hasta Timor por el Sur, y por el Norte hasta las fronteras de la Siberia; despues de haber invadido á Moscou y á San Petersburgo, despues de haber entrado en Polonia en seguimiento de los rusos, despues de haber diezmado la Bohemia y la Hungria, y en fin, despues de haberse detenido en Londres, acababa de llegar á Paris, y habia elegido su primera víctima en la calle de Mazarino.

La fecha es marcada y terrible: el 26 de Marzo de 1832 fué cuando se escuchó el primer grito de agonía en medio del alboroto del carnaval.

Por esta vez la enfermedad fué equitativa: atacó al pobre y al rico, pero sin embargo al formar la estadística mortuoria, los cuarteles de las Tullerías, de la plaza Vendome y de la Chaussée-d'Antin contaban ocho muertos por cada mil vivientes, mientras que en los cuarteles del Hotel-de-Ville y de la Cité se contaban cincuenta muertos por el mismo número de vivos.

Todo el mundo recuerda esa época de duelo en que se veian todas las casas cerradas, todas las calles desiertas. Solamente se escuchaba en el dia el ruido de los carros fúnebres de los ricos, y de noche el de los convoyes de los pobres. La imágen que presentaba Paris no era la de una capital viva, animada, sino la de un sombrío cementerio. Solo las mensajerías hacian enterrar mas de setecientas personas por dia.

Ademas, como si esto no fuese una suficiente causa de duelo, los motines vinieron á unirse á aquel azote. Tiene ciertas horas de desesperacion el pueblo en que acoje cualquiera noticia ó patraña por rara que sea: esparcióse por lo

mismo la de que el cólera no existía, que era una ficción de los periódicos, y que algunos malvados habían tramado un complot para envenenar las fuentes públicas.

En todas las épocas en que el cólera, esa calamidad venida del Oriente ha herido á la Francia, el pueblo que no puede creer en un contagio impalpable, en un azote invisible, ha acogido y repetido la horrible fábula del envenenamiento de las fuentes.

Quizás aquella patraña hubiérase desvanecido, si M. Gisset, el hombre de M. Casimiro Perier no hubiera publicado una circular en la que se leían estas palabras:

“Estoy informado de que para acreditar atroces suposiciones, algunos miserables han formado el proyecto de recorrer los cafés, fumaderos y carnicerías con frascos y paquetes de veneno para arrojarlo en las fuentes y los pozos y aun en las carnes, ó al menos para hacer un simulacro y dejarse arrestar in fraganti delito por sus cómplices, que, después de señalarlos como adictos á la policía, favorecerían su evasión, y pondrían todo en obra para mostrar la realidad de la odiosa acusación lanzada contra las autoridades.”

Como se ve, se hacían cargos gratuitos á la oposición de ese crimen sin nombre.

Cuando los gobiernos buscan recursos en tales medios, es porque se hallan en la posición de esos enfermos que abandonados de los médicos, llaman en su auxilio á los empíricos y á los charlatanes.

La imprudencia del prefecto de policía produjo sus frutos.

Un joven fué degollado sin motivo alguno cerca del *pasaje* del Cairo solo porque una voz gritó *al envenenador!*

Otro fué matado á cuchilladas, en la calle de Ponceau, por haberse detenido á la puerta de un almacén de vinos á preguntar qué hora era.

Otro más fué hecho pedazos por un motivo tan frívolo como los demás, en el barrio de San German: la causa, según se dijo, fué la de haberse puesto á ver un pozo.

En fin, un judío pereció en la alhóndiga por haberse reido al vender pescado. (1)

Un infeliz, acusado del mismo crimen, había sido ya sustraído á la cólera del pueblo y se le conducía al cuerpo de guardia del Hotel-de-Ville, cuando á instigaciones de algunas mujeres fué arrancado y hecho pedazos como en los bárbaros tiempos de Foulon y de Berthier, con la sola diferencia de que en el año de 89, el pueblo se comía los sangrientos trozos de carne de los cadáveres, y en 1832, un carbonero hizo comer á su perro los restos palpitantes de aquel desgraciado.

Y sin embargo, es el mismo pueblo que en las revoluciones, coloca centinelas en las puertas del Banco y del Tesoro, y fusila á los que encuentra con un pedazo de plata ó con un cubierto en las manos.

El pueblo se muestra sublime ú odioso, según la inspiración buena ó mala que le agita.

En solo el mes de Abril sucumbieron doce mil setecientas personas.

La duración total de la epidemia fué de ciento ochenta y nueve días.

La cifra de los muertos, conocida administrativamente, ascendió á diez y ocho mil cuatrocientos dos.

Es poco más ó menos las dos terceras partes de la cifra verdadera.

El cólera-morbo sin haber tocado á Casimiro Perier, le había herido sin embargo. Casimiro Perier había acompañado al rey en su visita á los hospitales, y la vista de los

---

(1) *Pescado en francés es poisson—y veneno—poison. La pequeñísima diferencia que existe entre las dos frases, que apenas se hace perceptible, dió lugar á aquella desgracia.—Nota del traductor.*

muertos y enfermos produjo una impresion terrible en el moribundo ministro.

Una escena que tuvo con el embajador de Rusia, M. Pozzo di Borgo, acabó de matarle.

—El emperador mi amo, *no quiere*, habia dicho aquel en una discusion con el ministro.

—*No quiere?* exclamó Casimiro Perier,—decid á vuestro amo que la Francia no recibe órdenes de nadie, y que mientras viva Casimiro Perier no tomará consejos para obrar mas que de sí mismo y de su honor,

Un amigo de Casimiro Perier, M. Milleret, entraba justamente en la pieza del ministro en el momento en que M. Pozzo di Borgo salia muy agitado. Encontró al ministro lívido y colérico.

Se detuvo asustado mirando á Casimiro Perier con inquietud.

—Oh! sí, miradme! miradme! le dijo éste—estoy perdido, me han matado!

En efecto, el 16 de Mayo de 1832, Casimiro Perier habia muerto.

—Casimiro Perier ha muerto!—repitió el rey cuando le dieron la noticia.—Será esto un bien? Será un mal? El porvenir nos lo dirá.

La víspera habia muerto Cuvier, nacido en el mismo año que Napoleon, y que dejaba en las ciencias un nombre casi tan imperecedero como el de Napoleon en la guerra.

#### CAPÍTULO IV.

LA herencia que dejaba Casimiro Perier era bien pesada. Se componia de dos guerras civiles.

De la guerra civil realista, y de la guerra civil republicana.

Comencemos por la primera: veámosla abandonar la Inglaterra, atravesar la Alemania y la Suiza, detenerse en las orillas del Mediterráneo, desembarcar en Marsella, trazar un surco á través del mediodía, y venir á tronar y á extinguirse en el Oeste.

En Saint-Cloud la duquesa de Berry habia propuesto al rey Carlos X tomase al duque de Burdeos en sus brazos, y precedido del primer general que consintiera en servirle de guia, ganar la capital y colocar á su hijo en brazos de los parisienses.

El rey habia rehusado.

Diez y ocho años mas tarde, en circunstancias semejantes, la duquesa de Orleans debia hacer á Luis Felipe igual proposicion, y Luis Felipe debia rehusar aceptarla como habia rehusado Carlos X.

Llegado á Inglaterra, Carlos X hizo alto en Lucworth, y